

Mons. Jacques-Bénigne Bossuet

Las vírgenes prudentes y las vírgenes locas (Mat., XXV,1-13).

Ésta es otra figura, o mejor dicho, otra advertencia, para que estemos siempre alerta. Y, ¡cuántas veces nos advierte Jesús! Mientras tanto, nosotros, parece que hagamos el sordo. Jesucristo destinó los últimos días de su vida a prepararnos y advertirnos para la muerte, como si fuera ésta su única preocupación: pero, realmente, es que de ella depende todo.

«Diez vírgenes.» Es un estado de santidad que no se concede a todos los hombres, como Jesús dice en otro lugar: «No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado» (Mat., XIX, 11). Pero estas diez han entendido esta altísima llamada y les ha sido dado este excelente don; y no obstante cinco de ellas se condenan. Temblad, pues, todos los que habéis recibido este don y aprended de ello a apreciarlo en su justo valor.

«Cinco de ellas eran necias»: sin precaución, sin previsión. Las necias, al tomar las lámparas, no tomaron consigo, aceite»; pero entonces «las necias dijeron a las prudentes: dadnos aceite del vuestro, porque se nos apagan las lámparas». La caridad les faltaba; las buenas obras no les eran suficientes; la caridad, el más excelente de todos los dones, sin el cual ni siquiera la profecía, ni el mismo martirio, vale de nada, les faltaba y, por consiguiente, para nada les servía el don de la virginidad.

«Como el esposo tardaba, se adormilaron y durmieron.» Las vírgenes prudentes tomaron aceite en las alcuas juntamente con sus lámparas, y porque tenían esta reserva podían permanecer tranquilas; pero las necias debieran haber aprovechado el tiempo para ir a comprar aceite, o sea, ejercitarse en buenas obras.

«Las necias dijeron a las prudentes: dadnos aceite del vuestro.» Así hablan los que, sin preocuparse de hacer obras buenas ellos mismos, tienen puesta toda su esperanza en la intercesión y méritos de los santos.

Y reflexionemos principalmente que «se despertaron entonces todas las vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas»; y no obstante cinco de ellas fueron excluidas del festín. Y no es que se trate de personas viciosas, ni insensibles, ni que dejen de realizar algunas buenas obras: ellas empiezan muchas cosas buenas, pero no terminan ninguna. ¡ Oh, cuántos habrá que se condenarán por causa de este terrible defecto!

«Las prudentes le respondieron: no, porque podía ser que no bastase para nosotras y vosotras.» Cada uno llevará su peso ante el tribunal de Jesucristo. «Que cada uno examine sus obras... pues cada uno tiene que llevar su propia carga» (Gal., VI, 4-5); y, aunque en otro sentido, «nosotros debemos, por la

caridad, llevar las cargas unos de los otros», no obstante, en este último juicio, cada uno será juzgado, no según las obras de los otros, sino «según las suyas propias» (Mat., XVI, 27).

«Id, más bien, a la tienda y compradlo.» Vosotros, que tenéis necesidad del aceite; vosotros, que no merecéis realmente alabanza, id a los que lo venden y lo obtendréis; id a los que os alaban, por su interés, y os convenceréis de que, a pesar de todos vuestros vicios, sois virtuosos.

«Pero, mientras fueron a comprarlo, llegó el esposo»: mientras que los alagadores os complacen, por la vana opinión que os demuestran de vuestra santidad, el esposo llega; «y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta». La puerta se cierra para no abrirse jamás; vuestra exclusión es para siempre y sin remedio.

«Señor, señor, ábrenos.» Y no es que ellas no hubieran tenido cuidado de hacer bien las cosas o que no se hubieran despreocupado, con negligencia completa, de su salvación. Eran realmente vírgenes, separadas por lo mismo de los placeres de los sentidos: no se dice que ellas faltaran a su castidad; ellas tienen en sus manos sus lámparas; ellas solamente se durmieron, ciertamente demasiado; pero al llamar el esposo se despertaron, ellas van entonces con prontitud a comprar aceite; ellas hacen imperfectamente algunas buenas obras; finalmente, ellas se apresuran y se adelantan hasta la puerta; ellas llaman y dicen: «¡Señor, Señor!» Pero el esposo respondió: «En verdad os digo que no os conozco» (Mat., XXV, 12). «No todo el que dice ¡señor, -señor! entrará en el reino de los cielos» (Mat., VII, 21). Y lo mismo se nos avisa en el Apocalipsis (III, 2) «no he hallado perfectas tus obras en la presencia de Dios».

La penitencia a última hora es vana, pues que no es completa ni sincera. Llegará un momento en que el que llame no entrará. Esto mismo nos lo avisa Santiago: «Suplicáis y no obtenéis, porque pedís mal» (Jac., IV,3). Es lo que sucede a los que piden la prolongación de sus días, no para hacer penitencia, sino para emplearlos en sus codicias. Viene inevitablemente el último momento, y, entonces, creen ellos que suplican bien; pero el que conoce los corazones hasta lo más íntimo, conoce perfectísimamente su condición y no los atiende, sino que los rechaza «con los hipócritas y los infieles», al lugar donde será «el llanto y un eterno crujir de dientes» (Mat., XXIV, 51).

«En verdad, os digo, que no os conozco» (Mat., XXV, 12). Es la verdad eterna que lo proclama y que lo atestigua por sí misma. Los que os alaban os lo prometen todo; pero la verdad emplea otro lenguaje. Ella nos dice: «No os conozco», a pesar de vuestros buenos deseos, da vuestras imperfectas voluntades, de vuestros comienzos en la virtud, yo no conozco en vosotros, ni mi imagen, que yo formaba en vuestra alma, ni el carácter, de cristiano, ni siquiera el de hombre racional, ni nada, en fin, de sólido y verdadero. Id, pues, «yo no os conozco»: vosotros no sois de mis ovejas; «pues yo conozco a mis ovejas y les doy la vida eterna» (Jn., X, 14-18). Vosotros, pues, nada tenéis que reclamar, pues que yo no os conozco. ¡Oh!, ¿de qué os servirán tantos amigos y tantas amistades? Los que os conocen y os alaban; ¿de qué

os servirá ser conocido en todas partes si Jesucristo no os conoce? Reflexionad, pues, porque será que Jesucristo no conoce a los que, al parecer, le conocen tan bien que le llaman dos veces, «Señor, Señor». Pues es que «el que dice que le conoce y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso» (1 Jn., II, 4), aunque guarde alguno de ellos. Jesús le dirá: yo no os conozco. «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial» (Mat., V, 48); pues de lo contrario no os conoceré.